

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, AL CLAUSURAR LA III
CONFERENCIA REGIONAL SOBRE LA POBREZA EN AMERICA LATINA
Y EL CARIBE, EN LA CEPAL

SANTIAGO, 25 de Noviembre de 1992.

Señores Delegados; señores representantes de organismos internacionales:

En primer lugar quiero expresar, en nombre del Gobierno de Chile, nuestra satisfacción por el hecho de que esta Conferencia se haya realizado en nuestro país, haber podido ser la sede de una reunión de alto nivel, con una sólida preparación documental, para analizar un problema de tanta importancia para la vida de nuestros pueblos.

En verdad, el tema de la pobreza es, a mi juicio, el mayor desafío que tenemos los países no sólo del mundo en desarrollo, no sólo de América Latina y el Caribe, sino del mundo entero, a esta altura de los tiempos, cuando la humanidad se acerca al inicio del tercer milenio de nuestra era.

Cuando el progreso científico-tecnológico ha llevado a la humanidad a un grado de capacidad tan grande para dominar la naturaleza, para extraer de ella todas sus potencialidades en beneficio del ser humano, resulta un verdadero escándalo y algo irracional, y que golpea la conciencia, el que haya tantos millones de pobres y de gente en extrema pobreza en este mundo que, al mismo tiempo, ha llegado a un nivel de abundancia jamás imaginado en otros tiempos.

Hay un contraste, entonces, entre las potencialidades demostradas por la humanidad para su desarrollo, el alto grado de desarrollo alcanzado en gran parte de los países y al mismo tiempo, este fenómeno de pobreza y de pobreza extrema que afecta a un porcentaje tan grande del mundo.

Esto no sólo golpea la conciencia moral; también es un factor evidente de inestabilidad social, económica y política. No se puede esperar que las naciones vivan en paz, que impere el orden y la tranquilidad, en un mundo en el cual hay contrastes tan agudos entre las posibilidades y el bienestar alcanzado por muchos y la situación de miseria que afecta a tantos otros.

Por eso, el que se realicen encuentros como éste, en que los gobiernos de los países de América Latina y el Caribe, con la colaboración de CEPAL y del PNUD, se reúnen para intercambiar sus experiencias sobre cómo enfrentar este desafío tan grande, creo que es muy positivo y muy esperanzador.

Dentro de ese mismo espíritu de crear conciencia en toda la humanidad sobre la significación de este problema y buscar acuerdos, no sólo entre los países del mundo en desarrollo, sino que también de los países del mundo desarrollado y altamente industrializado, es que Chile ha propuesto en las Naciones Unidas, con el apoyo -entiendo- de todos los que están aquí presentes y de muchos otros países, la celebración de una Cumbre Mundial Sobre el Desarrollo Social, idea que ya está aceptada y que debiera concretarse el año 1995.

Creo que la experiencia que vamos acumulando en nuestros países en la lucha contra la pobreza, puede ser un aporte positivo y debe dar derroteros para llevar proposiciones concretas a esa Cumbre, para que permitan que ella dé los frutos que la humanidad tiene derecho a esperar, a esta altura de los tiempos, de un encuentro de esa naturaleza.

No me voy a detener a exponer aquí lo que el Gobierno de Chile está haciendo en relación a este tema de tanta significación, porque ha sido objeto de vuestros análisis y sería redundante, y porque en la exposición inicial el Ministro Sergio Molina dio una información acabada sobre ello.

Sólo quiero destacar que para nosotros es claro que la lucha contra la pobreza entraña la concordancia de dos políticas: una política en el campo económico y una política en el campo social, que de algún modo han de integrarse en una globalidad.

Hablando en el lenguaje más simple, sin ningún tecnicismo, simplemente con la voz del hombre común, es claro que la pobreza no se derrota si no hay crecimiento, si no aumenta la riqueza y, en consecuencia, en los países como los nuestros, en vías de desarrollo, la necesidad de políticas económicas que generen crecimiento sobre bases de estabilidad son fundamentales para derrotar la pobreza.

Si no aumentamos el ingreso per cápita de nuestros países, no lograremos los recursos suficientes para derrotar la pobreza. Cualquiera política meramente redistributiva o de carácter

populista repartirá la pobreza, disminuyendo los desequilibrios internos, pero no nos permitirá superar la pobreza, salir de la pobreza.

Para salir de la pobreza tenemos que crecer, y para crecer tenemos que tener políticas, en lo económico, equilibradas, políticas que contemplen las exigencias básicas para sustentarse en bases sólidas. No provoca crecimiento sostenido políticas que descuidan los equilibrios macroeconómicos y que conducen, más tarde o más temprano, a explosiones inflacionarias que destruyen todo lo que se haya avanzado.

Pero yo tengo la convicción de que para derrotar la pobreza no basta con crecer; el mero crecimiento no conduce, necesariamente, a que los sectores más postergados de la sociedad y, por consiguiente, más afectados por el fenómeno de la pobreza o de la extrema pobreza, salgan de ella.

Quienes piensan que el crecimiento por sí solo conduce a la solución de este problema, no aprecian debidamente la forma inequitativa en que, por la presión misma de la fuerza de los distintos actores sociales, se distribuye el resultado del progreso y del crecimiento. La gente que está en la indigencia, muy a menudo sigue en la indigencia, por mucho que crezca el país y por mucho bienestar que haya en otras capas sociales.

De ahí que nosotros hayamos hablado, en nuestro país, de una política de crecimiento con equidad. Es decir, que al factor económico de crecimiento agregamos el componente social de equidad social, justicia social. Esto entraña una serie de políticas, sobre las cuales yo no me voy a detener aquí, porque son las que han estado estudiando ustedes y ustedes las conocen mejor que yo, en cuanto personas especializadas en el tema. Hay que realizar políticas concretas, en las cuales el Estado no puede ser un mero observador. No se puede esperar que ellas resulten por la mera aplicación de las leyes del mercado o las iniciativas privadas. El Estado, como gestor del bien común, tiene que diseñar e impulsar políticas, políticas que no las va a realizar sólo el Estado, que deben ser llevadas a cabo con participación de todos los sectores, pero que entrañan orientaciones que importen verdaderos compromisos nacionales y, yo diría, internacionales.

Creo que, como bien señalaba Sergio Molina recientemente, en este esfuerzo es muy importante lograr grandes consensos nacionales, lograr que las divisiones político-partidistas, propias de todo sistema democrático y yo diría más, consecuencia inevitable de la libertad humana, que permite que convivan en una misma sociedad distintas visiones, distintos criterios, distintas ideas, no sean obstáculo para que en un problema de tanta significación como es el de la pobreza, se busquen y se encuentren criterios que logren un grado de consenso, de aceptación generalizada, como para que comprometan a los distintos sectores sociales.

El compromiso del sector empresarial en este tipo de políticas es muy importante para lograr que sean plenamente eficaces. En el ámbito, por ejemplo, de la capacitación para el trabajo, factor fundamental para derrotar la pobreza, las meras políticas de Estado, a través de centros de educación técnica, de el sistema educacional, probablemente no van a producir todos los frutos que podrían lograr, si de parte de los sectores empresariales no hay la adecuada cooperación y no se combina la enseñanza teórica con la práctica de estos trabajadores que están en formación, en las propias empresas donde van a tener sus oportunidades de trabajo en el futuro.

Creo que, aparte de este consenso político y social, compromiso de todos los sectores políticos, o de la mayoría, compromiso de los actores sociales, trabajadores y empresarios, creo que en esta política contra la pobreza es necesario, al mismo tiempo, como lo destacaba Sergio Molina, encontrar de parte del Estado los mecanismos más eficientes que sea posible.

No basta tener la buena voluntad, no basta crear servicios que procuren ayudar a los pobres a salir de la pobreza, no basta con otorgar subsidios; es necesario que todo esto se realice con la capacidad y eficiencia que se requiere para lograr verdaderos frutos, y eso exige de parte de los gobiernos las reformas administrativas necesarias para darle al Estado el máximo de eficacia.

Yo creo que uno de los desafíos que tenemos hoy día los países del mundo en desarrollo y los países de América Latina y el Caribe, concretamente, es el de, junto con reducir el tamaño de nuestros Estados, hacer que nuestros Estados sean más eficientes y dotar al personal del servicio público de la capacidad y de los estímulos y de la mística necesarios para cumplir su tarea con la necesaria eficacia.

Yo quiero terminar estas breves palabras agradeciendo el aporte que cada uno de los países aquí representados ha hecho en este encuentro a esta tarea común, destacando la trascendencia que tiene para el destino de nuestro continente.

Yo tengo mucha fe en que nuestros países de América Latina y el Caribe están iniciando una etapa en su vida política y económica, en su desarrollo histórico, que les abre grandes perspectivas.

La consolidación de sistemas políticos democráticos entre nosotros; la convicción que la experiencia nos ha producido, de que no se pueden esperar milagros ni por la vía de las políticas populistas, ni por la vía de los ensayos autoritarios; que, logrando institucionalizar nuestros sistemas políticos por caminos compatibles con la libertad y con la mayor participación, podemos avanzar hacia el progreso; que nuestro continente y todos nuestros

países están dotados de recursos naturales suficientes como para que, adecuadamente trabajados, nos permitan lograr niveles de crecimiento compatibles con el desarrollo de los tiempos y con las necesidades de nuestra población; la disposición que prevalece en nuestras sociedades de buscar consensos o acuerdos nacionales para impulsar políticas realistas y eficaces; la cooperación recíproca de los distintos países, con sus propias experiencias que deben servirnos como experiencias propias, no sólo al país que las realiza sino a todos los demás; todo esto nos permite pensar que podemos encarar el futuro con esperanza y con optimismo.

Yo creo que el desarrollo de los medios de comunicación ha creado también, en las poblaciones víctimas de la extrema pobreza y de la pobreza, cada vez más conciencia de que para salir de esa situación tienen que ser no sólo receptores pasivos de beneficios que les llegan, sino que actores activos de el proceso de su dignificación y mejoramiento de condiciones de vida.

Como ustedes saben, yo vengo llegando de una visita a algunos países del Asia, y me ha impresionado extraordinariamente el dinamismo con que están creciendo las economías de esa parte del mundo.

Yo creo que América no puede quedarse atrás, que esta América Latina y estos países del Caribe también tenemos condiciones para imprimir a nuestro desarrollo un dinamismo semejante, y que haciendo un esfuerzo concertado, aunando nuestras experiencias, como se hace en esta Conferencia, vamos a ir progresivamente avanzando en este tremendo desafío de derrotar la pobreza.

Yo confío en que en el curso de este decenio de los noventa nuestros países serán capaces, ayudándose recíprocamente, de dar un paso decisivo para derrotar definitivamente la pobreza del seno de nuestras naciones.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 25 de Noviembre de 1992.
MLS/EMS.